

LA JUSTICIA

Semanario republicano

«LA JUSTICIA» ADMITIRÁ TODA CLASE DE TRABAJOS QUE DEFENDAN LA CAUSA REPUBLICANA, SIEMPRE Y CUANDO VAYAN FIRMADOS POR SUS AUTORES.

AÑO II REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
UNIÓN, NÚM. 54, IMPRENTA

Tarragona: jueves 15 Agosto de 1901

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
1'50 pesetas trimestre. Anuncios y re-
mitidos á precios convencionales.
Pago adelantado

N.º 33

FOTOTÍPIAS

Variado surtido de fototipias para anuncios á precios económicos. — Unión, 54, imprenta. — Tarragona.

D. ALFONSO FABREGAT BADIA ABOGADO

Ha abierto su despacho en la Rambla de S. Juan, 72, entresuelo y en Vallis Calle Nueva, 4, 1.

DIALOGO AMENO

La escena pasa en Madrid. Personajes los que el lector quiera.

—Ola Uvanito, ¡cuanto tiempo sin verte!

—¡Comol V. por aquí?

—Ya lo ves hombre ya lo ves.

—Quien se tenia de pensar que nos bariamos en un pueblo tan lecos del nuestro ¡oy?

—La verdad, no creia tener ese gusto, y menos ahora que V. debe andar ocupadísimo con el nuevo cargo.

—Pues si chico, hemos banido en Comasión.

—Y ¿que asuntos les traen por la villa del 68?

—Cáremos ver á don Ubaleriano para cuestionar la banida de la comasión aque-lla de soldados, po que tráyerá muchos baneficios para la capital; y como tu ya sabes que yo me intereso muy por los amigos por eso hoy banido, ¿saba?

—Bien hombre, bien; ya sabe V. que me tiene á su disposición?

—Gracias, por ahora no se me ofresa nada.

—Pues hasta otra, y mande.

—Bueno, pues ya te mandaré una caca para que me la arregias. Adios.

En la puerta de una casa grande como un ministerio.

—Buenas tardes ¿sá piedad ver á D. Ubaleriano?

—Creo que sí, pasará aviso. Tengan Vds. la bondad de aguardar un poco é indicar me á quien debo anunciar.

—Diga V. que somos la comasión del otro dia.

—Está bien—(que cara tiene de paeto).

Breve pausa durante la cual los personajes que están en la escena se miran unos á otros indicando en sus rostros su diversidad de pensamientos. Al poco rato aparece de nuevo el portero.

—Pueden Vds. pasar—dice—el señor les aguarda.

En el despacho.

—Buenas tardes, ¿como ú pasa don señor Ubaleriano?

—Bien, gracias. Tengan Vds. la bondad de sentarse.

—Ca no señor no se incomode V. por nosotros, ya estamos bien de pies.

—¡Ah! eso no puedo permitirlo, tomen Vds. asiento.

—Baya, ya que usted existe nos sentaremos.

—Ya me han hablado del objeto de su

venida y puedo asegurarles que haré cuanto esté de mi parte por complacerles.

—Muchas gracias. ¿Saba V. que tiene mucha retirada con un hombre que era sacristán de San Maquin?

—No tiene nada de extraño, hay tantos rostros que se parecen. Yo el primer dia lo tomé á V. por un industrial que venia á esta á sacar patente de invención para construir camisas ó pantalones á diez reales docena.

—Pues tiene V. mucho oca porque potsé vendré otro dia? ¡Ah! Escuchi, V. no sabe que en el pueblo hay mucha gente que no me puede filar ni á mi ni al otro que hay decado al mio sitio?

—No sabia nada. (Ni me importe.)

—Pues si señor, son muy dolientes; y todo porque cuando se fuimos á aquel pueblo éramos unos pelados y ahora se hemos hasido ricos.

¿Como son tan rucos?

—Es claro. (El burro eres tú.)

—Bueno pues don Ubaleriano, V. cree que si viene toda esa gente podremos fer mar los perros con la gongonisa.

—Ya lo creo.

—Pues en cuanto llegue al pueblo le proponeré para el nombra de una calla y p diré que se bote la urquencia de la proposación.

—Mil gracias, no merezo tanto.

—Esligui bueno don Ubaleriano.

—Vaya V. con Dios señor.... cazurro.

EL NIÑO DE LA BOLA.

CARTAS A UN FEDERAL

Ja deus haver llegit lo manifest inoportú que set individuos del Consell Regional el-legit per la majoria de la última Asamblea federal catalana, acaba de publicar. Hi faltan dos firmas, que sans dubte no podian estar conformes en l'esperit que 'l'presidex.

Deixém apart lo del compliment de las bases, com per forsa tinguerem de deixar de respondre á la eloquent defensa que fan lo señor Vallés y Ribot de sa consecuencia y llealtat ab lo señor Pi y Margall, davant del mateix, sense citar las aventuras dels disidents de la Asamblea de Madrid embarcats ab los progressistas en la Unió revolucionaria que feu alguns després de pescar los furibundos actas de diputat; pesarem allavors per ait lo parengó que feu sobre los atache personals de que hauria sigut objecto lo respectable Pi y Margall y lo triple diputat de Tarragona, Vilanova y La Bisbal, amperantse ab un respecte degut á nestre mestre qu' ell no pot compartir, com ara hi pasarán ab lo respecta que 's té á la Assamblea, que no 's convoca para estudiar orientacions que tot lo Consell no comparteix, y aném á la política circunstancial que 'ns aconsella.

«Avuy per avuy, diu, no hi ha qüestió que esigui per demunt de la autonomista.»

Que 'm dispensin los consellers. Cr'ch qu' svays de tot hi ha la qüestió social, sino ab la solució inmediata dintre de la Monarquia, al menys para lograr que 'ls drets individuals impedeixin coaccions patronals, Montjuich, Cornúas y Sevillas; que á prext d' una vaga se pogui sgafar á tothom, y que subsisteixi l'estat anormal en que la suspensió de ga-

rantias permet tota clase d' atropells. No sols per la evolució de las ideas, si que també per la afirmació d' una política verament democrática y federalista s' imposa la qüestió social, al que los consellers oblidan para fer nos amichs de classes conservadoras.

La aliansa ab los autonomistas de Catalunya que 's demana no excusa altres intel·ligencias que 's poden fer, sobre tot quan los autonomistas de Catalunya en son dogma —las bases de Maor sa— no afirman los drets del home y del ciudada, callan sobre la sort dels municipis y no concretan la forma de govern. Ra hi fa que lo Dr. Robert hagi declarat s' adhesió als principis de la Revolució francesa y alguna societat catalanista per la República federal opti cosas que aplaudeixo. Convé que lo Catalanisme fassi declaració oficial de fe en los nous ideals y allavors será justa la aliansa, que 's demana.

Mes aixó s' allarga. En altra carta continuaré mas rahons.

Fins la semana que vé. En tant te desitja Salut y Federació republicana ton emich I. BÓ Y SINGLA.

Instituto de segunda enseñanza

Denuncia grave

Que los industriales cuando anuncian sus productos lo hagan exagerando cuanto puedan, es hoy cosa corriente y tolerada por la opinión; pero que un establecimiento de enseñanza no se limite tan sólo á la seriedad que debe regir todos sus actos, sino que acuda también á reclamos en que se falta abiertamente á la ley, esto necesita correctivo.

Hay en Tarragona un colegio particular, privado ó no oficial, propiedad de dos curas llamados don Ramón y don Clemente Arrufat, que acaba de publicar un prospecto en cuya cuarta plana aparece un reclamo que en caracteres grandes dice así:

«Bachillerato

Bajo la dirección de los señores profesores del Instituto.»

No cabe la menor duda de que esto dice que la segunda enseñanza en aquel colegio está dirigida por los profesores del Instituto, y si se quiere más aclaración nos la proporciona el mismo prospecto leyendo el segundo párrafo de la segunda plana que textualmente dice: «La segunda enseñanza la reciben los alumnos del celoso é ilustrado Claustro de Profesores del Instituto dándoseles además conferencias de las asignaturas difíciles y más importantes en el internado.»

Que uno y otro día digan aquellos curas, en sueltos de encargo en los periódicos, y lo anuncien en una publicación mensual que sale del establecimiento citado; que digan, repetimos, que gracias á su colegio y sobre todo á su dirección clerical, los alumnos del Instituto que asisten á los repasos del mencionado colegio, son los únicos que sacan provecho de los estudios de segunda enseñanza, comprendemos que esto no haya movido la susceptibilidad del profesorado del Instituto, considerando que tales anuncios, por su forma y por su fondo, entran de lleno en la clase de tantos como se

publican en las cuartas planas de los periódicos por industriales ansiosos de negocio.

Más, afirmar en un prospecto que el profesorado del Instituto, establecimiento oficial de enseñanza, constituye la dirección de un colegio particular, es el colmo de la codicia en los dos mencionados curas, y lo sería del vilepéndio para el profesorado del Instituto, si este no protestara enérgicamente contra tal atrevimiento. La protesta debe ser inmediata y que alcance toda la publicidad posible, para tranquilizar á las familias que tienen hijos estudiando en el Instituto; tal es lo intencionado del anuncio, que da lugar á la suposición de que entre el profesorado del Instituto y el colegio de los curas existe determinada congruencia.

Todos sabemos cuan miedosos son los padres en general respecto á las notas que pueden recibir sus hijos en los exámenes, y claro está que si cundiera la especie de que en realidad existe aquella congruencia, aumentaría el número de los alumnos que satisfacen diez pesetas mensuales por los repasos que se dan en el colegio de los dos curas, lo cual es muy pesado para muchos padres en este tiempo de escasez, que apenas se puede acudir al pago de las numerosas matrículas que constituyen el bachillerato y al del creciente precio de los libros de texto.

La acción del profesorado del Instituto no debe limitarse únicamente á la protesta. Se les imputa una falta penada por la ley en un asunto sumamente delicado; por consiguiente no les queda más recurso que acudir judicialmente contra el impostor, pues si no lo hicieran, é público no se daría por satisfecho, quedando siempre la duda, que es pertinaz en estos casos. No insistimos en esto, porque se trata de personas dignas que tendrán cuidado de poner en buen lugar su nombre y el de la corporación que constituyen.

DÓMINO.

Desde Valls

Sr. Director de LA JUSTICIA.

Muy señor mio: Al objeto de secundar la agitación legal producida en España entera con motivo de los atropellos cometidos en la Coruña por las autoridades y fuerzas públicas de ellas dependientes en las personas de honrados trabajadores y de inocentes mujeres é infelices niños, acordó la Federación local de trabajadores por medio de su consejo, celebrar un mitin para protestar de las infamias é iniquidades que se cometieron y se cometen por los encargados de guardar y hacer guardar las leyes en la capital gallega. Celebróse el expresado mitin el domingo último á las 3 de la tarde, tomando activa parte en él además de los ilustrados obreros de ésta, compañeros Arnau, Presidente de la Federación local, Pié, Pamies y Fabregas, el elocuente orador, y erisista defensor de la emancipación del proletariado Alfonso Fabregat, respondiendo á la galante invitación que los individuos que forman el Consejo de la Federación le hicieron.

Todos los oradores anatematizaron enérgica y virilmente como se merecen, los actos de salvajismo realizados por la fuerza armada

los días 30 y 31 de Mayo último en la Coruña. Todos igualmente pidieron a la numerosa concurrencia que había acudido en el local de la sociedad «Aroma Vallense», que cada persona diera su óbolo, por pequeño que fuese para socorrer a las familias de los desgraciados obreros encarcelados y procesados en la Coruña, con motivo de los referidos y ya conocidos sucesos desarrollados en aquella capital.

El señor Fabregat, hizo constar que no solamente hablaba en el mitin en nombre propio, sino también en nombre y representación del partido federal de Valls, añadiendo que el programa federal tiene soluciones no sólo para las cuestiones políticas, sino también para las sociales, y que el partido federal ha sido siempre el primero en ponerse al lado del obrero para defender sus derechos hollados y sus atropelladas personas.

Manifiesto que todo el partido federal español se ha puesto, con su venerable e ilustre jefe don Francisco Pi y Margall, al lado de los oprimidos siempre que ha sido necesario, como lo demuestra no solo el acto que estamos realizando sino también otros de la misma índole y especial y singularmente el tristemente famoso suceso de Montjuich, cuya primera protesta fue debida a aquel insigne varón que desde las columnas de *El Nuevo Régimen* condenó los actos inquisitoriales que en el castillo maldito llevaron a cabo los seides de la barbarie monárquica y clerical.

Aconsejó, el señor Fabregat, en su brillante y enérgico discurso que todos los obreros de sentimientos nobles y humanitarios, no cesasen en la campaña emprendida hasta lograr la libertad de todos los presos en la Coruña, pues las despóticas autoridades españolas solo ceden ante una imponente y continuada manifestación de la opinión pública.

Terminados los discursos los asistentes desalojaron ordenadamente el local habiendo resultado absolutamente inútil la presencia del delegado de la autoridad que expreso había sido enviado por el gobernador interino, temeroso, tal vez de que se provocase algún conflicto que los obreros son los primeros y más directamente interesados en evitar.

A la salida todos los concurrentes depositaron alguna cantidad en las bandejas que al efecto habíanse colocado en la puerta del local, recaudándose una respetable suma que será remitida a la Coruña para socorrer a las víctimas de la tiranía capitalista.

Soy de afectísimo affmo. S. S.
Q. B. S. M.
El Corresponsal.
Valls 13 Agosto 1901.

Variedades

El castillo y la cabaña

A mi distinguida amiga, la bella señorita María Comas.

I
El aspecto de la aldea y de las tierras que la circundan es tan hermoso, habla tan hondamente al corazón, que no acertaría a reproducirlo en el lienzo el pincel del mejor de los pintores.

Está el pueblecillo encajado en el fondo de ancho valle, rodeado por los cuatro lados de exuberante vegetación, cuyo verdor intenso se halla salpicado por unos edificios blancos, blanquísimos, que semejan copos de nieve. Al rededor se levantan terrenos irregulares y quebrados, formando acantiladas montañas cubiertas de árboles seculares y de olorosas hierbas que con sus perfumes agrestes impregnan el aire y embalsaman el ambiente de aquellas tierras.

Un riachuelo de reducido cauce y de mezquino caudal corre por el centro de un barranco que cruza la llanura, y con incesante murmurio simula misteriosas melodías, que lo mismo pueden tomarse por quejumbrosos cantos de amor que por conjuros de fantásticas hadas. Los bosques del término están sembrados de deliciosas

fontanas, de donde toman origen multitud de arroyuelos que serpentean caprichosamente por entre la hojarasca, refrescando el cálido terreno en los días más calurosos del ardiente estío. Pájaros de distintas especies gorjean alegres y con sus trinos parecen entonar la eterna canción a la naturaleza, el inmortal himno a la vida.

En lo más alto de empinada cresta, dominando el paisaje, se yergue altivo un castillo de almenadas torres, recuerdo de los tiempos medioevales y antes morada del señor feudal de la comarca. Frente a él, a un cuarto de legua, sobre la roca del desabrido monte, tiene asiento una cabaña humilde, casi cubierta por la hiedra trepadora.

El conjunto es ideal, bellissimo, poético cual la alborada, triste cual la soledad.

II

La reposada vida de la aldea fué no hace mucho perturbada por los acontecimientos de esta narración.

No se hablaba en el pueblo más que de dos cosas, que obsesionaban a los lugareños y daban materia a las habladurías de las comadres.

Eran estas cosas el próximo casamiento de Jorge, el hijo del herrero, con Magdalena, y la restauración del castillo, que iba a ser rehabilitado muy en breve.

Jorge hacía poco que había regresado de la ciudad, a donde fué a trabajar apenas cumplidos los diez y seis años. Durante la ausencia había perdido a sus padres, de los cuales no quedaba más que un recuerdo en la mente del hijo, y un monón de despojos en el cementerio del pueblo. Sin padres y sin hogar se encontró Jorge, pero tenía fama de agricultor inteligente y contaba con los ahorros de un joven de arreglada vida. Cifrabas sus esperanzas en Magdalena hija de unos modestos labradores y hermana de Nicolás, su amigo del alma. Con las economías realizadas a fuerza de privaciones y trabajos había adquirido la cabaña del monte y algunas tierras anexas, antes pertenencia de un pariente que en la capital habitaba. Allí estableció su vivienda, convirtiendo la solitaria casita en altar de la virtud y en templo del trabajo.

De opuesta condición eran los nuevos dueños del castillo. Habíalo hecho suyo junto con los bosques vecinos, un noble, barón linajudo, orgulloso de sus pergaminos y de sus tradiciones genealógicas, y poseedor de una cuantiosísima fortuna. Era viudo y tenía un hijo único y Alberto, estirado señorito de veinticinco años, casado recientemente. Concluidas las obras de reparación, el ruinoso edificio quedó convertido en lujosísimo palacio, y los noveles moradores fueron a habitarlo.

En domingo llegaron el barón, su familia y el numeroso ejército de servidores y criados. Acudieron al camino a recibirles la mayoría de los vecinos, el alcalde, el juez de paz, el médico y el párroco; las campanas de la pequeña iglesia volteaban alegres como si no se avergonzaran de cooperar a las rastreras adulaciones de que eran objeto el aristócrata y sus acompañantes. Y así, entre los aires de una entrada triunfal llegó al castillo la expnedida comitiva, ante cuya magnificencia se humillaban, mudos de admiración, los sencillos aldeanos.

Quedó instalada la familia del barón en el elevado castillo. Cobró con ello la aldea singular animación. Las partidas de caza y las frecuentes excursiones rompieron la monotonía de la comarca.

—Mirad las luces del castillo y la lucecita de la cabaña de Jorge—decíanse los aldeanos unos a otros al llegar la noche.—¡Que extraño parece después de tanto tiempo como veíamos desiertos los dos edificios!

Todas las conversaciones versaban sobre ellos, ó sobre sus respectivos pobladores. Por cierto que ofrecían a los espíritus observadores un contraste digno de atención.

Para recibir a un soldado del trabajo, a un obrero productor que contribuía con sus fuerzas al sostén del linaje humano, habíanse abierto las puertas de la cabaña miserable y desvencijada. Las confortantes comodidades del castillo, las disfrutaban los privilegiados de la fortuna, los que pasan la vida holgando y viviéndo sobre la fatiga ajena y cuyo único mérito es haber nacido en distinguida cuna.

El trabajo fecundo y la holganza fastuosa: esto simbolizaban respectivamente la pobre cabaña y el rico castillo.

III

Feliz se deslizaba la vida de Jorge. Roturó las tierras contiguas a la cabaña, haciéndola fértil y feráz un suelo antes improductivo. Vivía tranquilo, con esa tranquilidad que infunde el cumplimiento del deber. Consideraba al trabajo como una verdadera religión y era de ella digno sacerdote.

En el pueblo se apreciaban tan relevantes condiciones y era tenido en el mejor concepto; sus otros dotes personales contribuían a enaltecerle. Dotado de magnánimo corazón, daba acogida a todas las aspiraciones nobles, sin que jamás desatendiera la voz de quien solicitaba de él un favor hacedero. No es, pues, de extrañar que su anunciado enlace interesase a aquellas gentes, especialmente a las mozas casaderas, que miraban con cierta envidia a Magdalena. Era ésta digna del cariño de Jorge. De sentimientos nobilísimos y de carácter franco y bondadoso, gozaba de general estima; sentía por Jorge amor intenso y en iguales términos era correspondida. Sus padres veían con satisfacción inmensa tan sinceros amores, y más que nadie los celebraba Nicolás, que quería a Jorge como a un hermano.

Aquellos seres miraban al porvenir con la cabeza levantada, esperando tranquilamente días felices de paz y ventura....

Era un día de Junio.

Jorge se levantó al amanecer, como de costumbre; antes de empezar su ruda tarea se sentó sobre la roca y lió un pitillo. Absorto en sus pensamientos y contemplando maquinalmente las caprichosas figuras que aceptaba el humo del tabaco al desvanecerse, no advirtió que hacía él venía Nicolás, acelerando el paso; unos golpecitos cariñosos que sintió en la espalda le hicieron volver la cabeza.

—Bienvenido, Nicolás—dijo.

—Bien hallado. Jorge—contestó el hermano de Magdalena.

—Séntate y fuma.

Sentóse Nicolás y liando el cigarrillo preguntó:

—¿Te extraña mi visita?

—No por cierto. Abiertas para todos tanto a cualquier hora las puertas de mi humilde vivienda; con mucha mayor razón lo están para ti. ¿Pero porque haces esta pregunta?

—Es que tengo que hablarte.

—Te escucho.

—Soy portador de una nueva que te interesa—dijo Nicolás cambiando de posición y poniéndose subitamente serio.

—Despacha, pues, que me impaciento.

—Jorge—continuó Nicolás con gravedad—he observado que don Alberto, el hijo del barón, mira con descarada insistencia a mi hermana Magdalena.

—¿Que?— exclamó Jorge sorprendido, levantándose de un salto y palideciendo.

—Sí, hasta me ha parecido escuchar que le echaba flores y le decía no sé que cosas. Se pasa el día rondando a caballo por la calle. Magdalena no ha dicho nada, pero yo lo he visto y lo he oído.

—Pero, ¿no esta casado don Alberto?—interrogó Jorge, atontado casi por el asombro.

—Sí, está casado. Más, ¿tu crees que aún cuando fuese soltero, al fijarse en Magdalena podría pretenderla como esposa?

—¡Ah! Luego, ¿que quiere de ella?—No es difícil adivinarlo—contestó Nicolás, cuyos ojos brillaban con fulgor intenso.

Ambos quedaron un momento pensativos, hasta que Jorge rompió el silencio diciendo:

—No sé porque me parecía que allá, en el castillo tenía mi mayor enemigo; no me engañaban mis presentimientos; pero, ¡ay de quién intente marchitar mi felicidad! Yo hablaré con ese don Alberto y en cuanto vuelva a mirar a Magdalena...—y el joven cerró con rabia sus crispados puños.

—No seas imprudente, Jorge.

—No, no temas; obraré con tanta energía como prudencia. Al fin y al cabo la cosa es más alarmante que peligrosa. En cuanto se convenza de que molesta a Magdalena, indudablemente desistirá.

—No lo creo—objetó Nicolás moviendo la cabeza con aire de desconfianza.—Estos señoritos están acostumbrados a salirse con la suya.

—Allá veremos.

—Yo te diré lo que haya. Hasta luego.

—Adios, Nicolás. Observa, que yo haré lo mismo.

Y a los pocos pasos los dos compañeros se separaron, no sin antes dirigir al castillo una mirada de rencor profundo.

IV

Efectivamente, el hijo del barón se había fijado en la hermosa Magdalena.

Acostumbrado a la vida disipada de las ciudades y harto de vencer las mayores dificultades con el poderoso auxilio del oro, el Dios de moda, juzgaba fácil una empresa que le hacía acometer su antojadizo y voluble carácter.

Empezó su campaña, paseando día y noche por las calles de la aldea gallardemente montado en ágil caballo; al pasar por delante la casa de los padres de Nicolás, en cuya puerta acostumbraba a estar Magdalena, clavaba en la joven una sostenida mirada al mismo tiempo que murmuraba chicleos cursis. La doncella, roja como la grana, introducía precipitadamente en la casa, molestanda por el inoportuno y sospechoso galán. Como éste no desistía, concluyó Magdalena por no salir al portal.

—Pues no se hace poco la importante esta muchacha; en fin, cuestión de tiempo y paciencia; ya caerá—pensaba el noble algo contrariado.

Más pasaba el tiempo y cada día era un día perdido para él.

Trató de inquirir la causa de lo que no podía explicarse y se informó de que Magdalena tenía novio y de que iba a contraer matrimonio muy en breve.

—¡Ah! Aquí está el *quid!*—exclamó al saberlo, con una entonación parecida a la que debió dar Arquímedes a su célebre *jeurcal!*—He vencido dificultades cien veces mayores que ésta y no he de conseguir que una infeliz lugareña me preste su atención? Para algo dispongo de mis millones y para alguna cosa soy el hijo único del barón. Ante todo es preciso alejar al tal Jorge de por aquí.

Llamó a un criado.

—Vete a la cabaña de Jorge—le dijo—y dile que venga al castillo, pues deseo hablarle.

Trasmitieron el recado a Jorge y éste contestó:

—Diga V. a don Alberto que los trabajos de labor me impiden abandonar mis tierras; en cambio, él no tiene ocupación alguna y si desea hablarme, aquí, en la cabaña, tendré sumo gusto en recibirle.

Al saber don Alberto tal contestación, montó en cólera y desahogó su furia dando al pobre criado un fuerte puntapié.

—¿Que se ha figurado esta gentuza estúpida?—decía gritando desahoradamente—Sin duda ese imbécil cree que trata con iguales.

Al fin se convenció de que sus apóstrofes eran inútiles y delegó en Basilio, su cria-

do favorito, el encargo de avistarse con Jorge.

—Haz que se marche de por aquí, y que no piense más en Magdalena. Consigue esto á cualquier precio. Ya verás como ante un puñado de oro se le vá todo el amor.

Basilio se dirigió á la cabaña y expuso las pretensiones del hijo del barón. Jorge le escuchó atentamente, con la sonrisa en los labios y le dijo por toda respuesta:

—Ni vendo mi cabaña, ni me place irme del pueblo, ni puedo renunciar el amor de Magdalena.

—Es que don Alberto está decidido á darte todo el dinero que pidas.

—Que guarde sus millones, no se los quiero; don Alberto se engaña; no me conoce ni conoce á Magdalena. Dígame V. que sueña.

—Pero imbécil, así desperdicias la ocasión de hacerte rico, muy rico?—dijo Basilio que no podía explicarse la digna actitud de Jorge.

—Es inútil que insista V.—contestó—No quiero que se me hable más de esto; harta paciencia he tenido en escuchar proporciones indignas que no puedo tolerar.

Se convenció Basilio de que machacaba en hierro frío, y mustio y cabizbajo regresó al castillo. No tuvo límites la ira de don Alberto al enterarse de la entrevista. Colmó al criado de dicterios y decidió ir en persona á la cabaña.

Al día siguiente encaminóse á la pequeña hacienda y dijo á Jorge de buenas á primeras:

—Compláceme y pide cuanto quieras.

—Quiero que me deje V. en paz—respondió con altivez Jorge.

Don Alberto le dirigió una mirada de odio y rabia.

—Tengo derecho á que me atiendas—gritó.—Soy el hijo del barón y tengo oro suficiente para cubrir tu cuerpo.

—Yo soy Jorge, el hijo del herrero, y tengo dignidad y honra para regalar á los miserables como tú—dijo Jorge con acento amenazador—vete ó no respondo de tí; ¡vete!

—¡Trembla infeliz habitador de la cabaña?—rugió más bien que gritó don Alberto.

—¡Ay de tí morador del castillo, si te opones á mi dicha!—contestó Jorge.

El noble saltó sobre el caballo murmurando un juramento, espoleó fuerte al animal, internándose en el bosque por la estrecha senda que conduce al castillo.

Jorge le siguió con los ojos, hasta que se hubo perdido de vista.

—Por ésta vez perderás el pleito, rico aristócrata; menos mal para tí, si con el pleito no pierdes la vida—murmuró continuando su labor.

La cabaña y el castillo se habían declarado la guerra.

Y era guerra á muerte.

V

El hijo del barón, empeñado en sus trece, y tan terco como malvado, juró no cejar.

—Cueste lo que cueste, he de quitarme de delante á ese gañán deslenguado y necio—se decía, combinando en su cerebro criminales planes.

Para desgracia suya no tenía conciencia del poder de sus enemigos. Creía fácil vencerles ignorando lo que pueden la dignidad y la razón en las almas nobles.

¡Cuanto se engañaba!

Poco después de la violenta escena entre Jorge y don Alberto, el primero se encontró con Nicolás, á quien refirió los nuevos incidentes.

—Debes estar prevenido—díjole Nicolás—Estas gentes son capaces de cometer cualquier infamia.

Jorge se encogió de hombros.

—Aceptaré la lucha, sea cualquiera el terreno en que se entable—contestó.

Al anochecer, Nicolás no regresó al villorio; quedóse con Jorge, como tantas veces

lo habían hecho. Cenaron los dos amigos frugalmente y trás animada conversación se acostaron. No durmieron, pues los acontecimientos del día manteníanles en constante agitación, impidiéndoles conciliar el sueño.

Tan pronto como los primeros albos de la luz crepuscular invadieron el valle, saltaron del lecho y se encaminaron silenciosamente hacia el castillo. Cuando llegaron á él era aún muy tenue la luz del alba. Colocáronse detras de un matorral y quedaron á la expectativa, fijos los ojos en el vasto edificio y sin decir palabra.

Al poco rato, una de las puertas del castillo se abrió, y salieron dos hombres armados con escopetas al parecer de caza.

Jorge y Nicolás les siguieron á alguna distancia.

Cruzaron el bosque sin seguir camino alguno, saltando riscos y bordeando peñas. Por fin se pararon á unos veinticinco pasos de la cabaña de Jorge, escondiéndose cuidadosamente detras de unos arbustos.

Sus seguidores paráronse también.

—Está visto—dijo Jorge á Nicolás—Sabes que al amanecer salgo de la cabaña para trabajar mis tierras; sin duda me esperan, y no para darme los buenos días.

Los dos hombres, que á juzgar por todas las apariencias eran criados del castillo, daban muestras de impaciencia al ver que no se abría la puerta de la cabaña. El sol había aparecido, y con marcadas muestras de disgusto volvieron sobre sus pasos.

Cuando se alejaron, Jorge y Nicolás salieron del bosque y tomaron asiento en un banco de piedra.

—Bien por don Alberto—dijo Nicolás.

—Por él siento cuanto hace;—contestó Jorge—ya que apela á estos expedientes me veré obligado á usar los mismos procedimientos. Tengo tomadas toda clase de precauciones y no le temo.

Los dos amigos continuaron conversando reposadamente.

Por más que Jorge se jactase de tener tomadas todas las precauciones, la verdad era que no se había precavido lo suficiente.

Algunos minutos después de salir del castillo los dos hombres que se dirigieron á la cabaña volviéronse á abrir la puerta del edificio. Varios criados ensillaron rápidamente dos caballos y en ellos partieron á galope don Alberto y Basilio. Hicieron alto á la entrada del pueblo, á corta distancia de una fuente que abastece de agua al vecindario.

—Aquí debe venir la moza, si hace lo que los demás días—dijo don Alberto.

Poco después á lo largo de una calle divisaron á Magdalena.

—No lleva los cántaros—observó Basilio.

—Eso veo ya donde irá?

Cambiaron de lugar para no ser vistos. Magdalena, que llevaba una pequeña cesta, tomó el camino que conduce al bosque.

—Mejor que mejor—dijo don Alberto—Basilio, vete al castillo y enterate de lo que han hecho de Jorge. A escape; en el camino me encontrarás.

Basilio partió galopando.

Magdalena seguía la estrecha vereda. Iba á la cabaña á llevar el almuerzo á los dos jóvenes. Don Alberto la siguió al trote corto del caballo. Luego espoleó al animal y marchó rectamente hacia ella.

La joven al oír cerca el ruido del caballo volvió la cabeza, reconoció al hijo del barón y poniéndose pálida apresuró el paso. Al alcanzarla, el noble saludó diciendo:

—Muy buenos días, bella Magdalena.

La hermana de Nicolás continuó su camino sin responder, acelerando cada vez más el paso.

—Díscortés está V. señorita—significó diciendo don Alberto—¿No puede V. hacerme el obsequio de escuchar de mis labios unas pocas palabras?

—Tengo prisa.

El hijo del barón palideció de despecho y colocando el caballo delante de Magdalena, dijo con acento ronco:

—Pues me oírás mal que te pese.

La joven dió un grito estridente. Don Alberto bajó del caballo y la asió fuertemente por las muñecas.

—¡Jorge! ¡Nicolás!—gritó Magdalena forcejando.

—No grites, maldita! dijo el aristócrata ciego de furor.—Yo he matado á tu Jorge!

—¡Socorro!—volvió á gritar Magdalena cayendo desmayada.

Don Alberto la dejó al lado del camino y saltó sobre el caballo, diciendo:

—No me conviene que me vean.

Y se alejó por el mismo camino que había venido.

.....

El punto donde ocurrió la anterior escena no dista mucho de la cabaña.

Jorge y Nicolás continuaban platicando, cuando les pareció haber oído gritos. Subieron á una pequeña eminencia y con auxilio de un anteojo divisaron á don Alberto que tenía fuertemente cogida á Magdalena.

—¡Miserable!—exclamó Jorge, dando un grito aterrador.

—¡Infame!—dijo á su vez Nicolás que iba á correr hacia el camino.

Jorge le detuvo.

—No, así no lograrías darle alcance. No pierdas un momento y atraviesa el barranco. Impídele que pase á la otra parte. Yo me encargo de lo demás.

Ambos echaron á correr como almas que lleva el diablo.

El día anterior había llovido copiosamente. El barranco bajaba lleno de agua. Cruzó Nicolás por un estrecho tablón y remontando el curso de la corriente se paró á pocos pasos de la palanca del camino. Pronto oyó el acompasado trotar de un caballo y vió á don Alberto. Detrás de él marchaba Jorge.

—¡Es nuestro!—pensó Nicolás.

Don Alberto, ageno á todo temor, avanzaba pausadamente á lo largo de la palanca. Entonces Nicolás gritó:

—¡Por aquí no hay paso!

El noble sorprendido paró al caballo y al reconocer á Nicolás lanzó un grito, haciendo dar media vuelta al animal para huir por el otro lado. Al volverse vió á Jorge delante de él; inundó su cuerpo un sudor frío.

—Déjame pasar—dijo.

—¿Que te deje pasar? Pues no eres tonto contestó.

Don Alberto sacó rápidamente una pistola del cinto y disparó; la bala pasó silbando á medio palmo de la cabeza de Jorge. Este dió un salto y empujando al caballo con sus hercúleos brazos hizo caerle al barranco junto con el ginete.

Después oyóse una maldición medio apagada por el rumor de la corriente.

.....

VI

La consternación fué grande en el castillo. Habíase encontrado ahogado á don Alberto; creíase que al cruzar la palanca se había encabritado el caballo, cayendo en el barranco. El desconsuelo del padre no tuvo límites.

Algún tiempo después la familia del barón abandonó aquella tierra.

Por la noche cuando los aldeanos miraban al castillo, veíanlo sin luces, solo divisaban luz en la vivienda de Jorge, esposo de Magdalena.

La cabaña había vencido al castillo.

Y la felicidad de un hogar era el botín de la victoria.

ANTONIO ROVIRA VIRGILI.

Tarragona y Agosto de 1901.

¡Pobre «Diario de Tarragona»!

De algùn tiempo á esta parte el *Diario de Tarragona* se está luciendo de veras.

Se ha convertido en paladín de todas las malas causas y anda dando traspiés.

Padece la monomanía de negarlo todo, y así le vemos haciendo *planchas* á diario, pues no en balde reclama sus fueros la verdad.

Veáse sinó.

Hicimos públicas las intemperancias de un inspector de policía con motivo de la procesión del jubileo, y el colega negó en redondo nuestros asertos. Se los probamos con palabras textuales y... se calló como un muerto. (*Lucimiento* número 1.)

Afeamos el proceder indigno de una comunidad tortosina y bajo pretexto de haberse confundido las *madres* con los *padres*, dijo que mentíamos. Losistimos en nuestras afirmaciones y después de faltar á la palabra el director del diario fusio-carca, no dijo esta boca es mia. (*Lucimiento* número 2.)

En el último número denunciábamos los abusos que se cometen en el «Asilo de Huerfano» y a pesar de ser cierto todo lo dicho, el *Diario* infeliz lo niega también.

Por nuestra parte afirmamos nuevamente que á consecuencia de los malos tratos recibidos se fugó no hace mucho del mencionado establecimiento un niño de 13 años, en cuyo cuerpo quedaron impresas las señales del látigo.

Esto es lo que debe desmentir el colega con pruebas fehacientes, no con vanas palabras.

Y como no hará tal cosa, porque la verdad se impone, este será el *Lucimiento* número 3.

¡Nada, nuestro decano se va *acreditando*!

.....

Por exceso de original nos vemos obligados á aplazar hasta el próximo número la continuación de la interesante conferencia de don Félix de la Torre que publicamos en nuestro folletín.

.....

La Junta Directiva de la «Juventut Republicana Federal» ha tomado el acuerdo de celebrar todos los días festivos unas *conversas* políticas públicas, encargando á un socio la ponencia de un tema determinado, sobre el cual versará la discusión.

La primera de dichas *conversas* tendrá lugar el próximo lunes 19 del actual á las cuatro de la tarde. Se discutirá sobre el tema «Lo proletario y la política política española», actuando de ponente nuestro estimado amigo y Director don José Brú Ferrer.

.....

Están los monárquicos valencianos que echan fuego por las bocas.

La cosa no es para menos.

Los concejales republicanos, únicos que asistieron á la última sesión por el Ayuntamiento celebrada, acordaron por unanimidad, no contribuir ni con un miserable ochavo, á la suscripción destinada á recaudar fondos para el monumento que en Madrid debe levantarse á Alfonso XII.

Hicieron muy bien.

Ya que los monárquicos no asisten á las sesiones, justo es que los acuerdos que en ellas se tomen no les satisfagan.

Revoquen si quieren en la próxima sesión el acuerdo: la plancha está ya hecha y el efecto moral producido.

Nuestro leal y sincero aplauso á los concejales republicanos del municipio de Valencia.

.....

El Pandemonium.—El número 15 de esta revista se publica con trabajos de Teixeira Bastos, de la Real Academia de Ciencias de Portugal, S. Valentí Calbetó, Ernesto Baró, F. Lauradó Aurelio Martínez Javier Cambús, Francisco Gras y Elias, Juan Bosch Pons, Ramón Fábregas Trillas, R. Homedes Mundo, Cuatro Estrellas y otros.

Imp. de E. Pamies, Unión, 54

LA JUSTICIA

SEMANARIO REPUBLICANO

Redacción y Administración: Unión, 54

Precios de suscripción 1'50 pesetas trimestre

FÁBRICA de BRAGUEROS

Aparatos Ortopédicos

Herniados (trencats)

Muchos son los que venden bragueros pero muy pocos se construyen. Cuesta colocar un bragero, pero muchísimo más cuesta construirlo, pues antes que colocarlo bien es indispensable saber o construir porque sin la ciencia y práctica de construcción nunca puede adquirirse la colocación.

No dejarse llevar por esos apiladores de bragueros que desconociendo por completo su construcción anuncian la radical curación de las hernias.

El Braguer o Articulador sistema Montserrat, es el más práctico y moderno para la retención o curación de las hernias por crónicas y rebeldes que sean.

Grandes existencias en bragueros de goma para la radical curación de las hernias congénitas ó de la infancia y todo lo concerniente a Crugía y Ortopedia.

Casa Montserrat: Unión, 34, TARRAGONA

VAPORES DE IBARRA Y COMPAÑIA DE SEVILLA

Servicio fijo y semanal

Para Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva, Vigo, Carril, Villagarcía, La Coruña, Ferrol, Gijón Santander, Bilbao, San Sebastián, P. Sejs, Bayona, Burdeos y Nantes, salidas fijas de vapor los jueves, admitiendo carga y pasajeros.

Para Barcelona, San Feliu, Palamós, Certe y Marsella, salidas fijas de vapor todos los jueves admitiendo carga y pasajeros.

Consignatario: D. MARIANO PERES

The London et Lancashire

Capital de garantía: Libras 3.000.000

COMPANIA INGLESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

DOMICILIADA EN LIVERPOOL

Fundada en 1861 y autorizada legalmente en España

Representante en TARRAGONA: D. Pedro Redón
SUCURSAL ESPAÑOLA. Puerta del Angel 1 y 3 BARCELONA.

ALIANZA

COMPANIA INTERNACIONAL DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

SEGUROS SOBRE LA VIDA Y RENTAS VITALICIAS

Pólizas indisputables, beneficios garantidos, PRIMAS LAS MÁS ECONÓMICAS

Capital social de francos 15.000.000

Delegado en TARRAGONA: D. Pedro Redón
SUCURSAL ESPAÑOLA, Puerta del Angel, 1 y 3 BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

ESTEBAN PAMIES

En este antiguo y acreditado establecimiento se confecciona toda clase de impresos con prontitud, esmero y economía, especialmente periódicos, libros, folletos, facturas, circulares, tarifas, esquelas mortuorias, caréles, papeletas, etc., etc.

Gran variedad en tarjetas de todas clases y tamaños desde UNA PESETA EL CIENTO.

UNIÓN, 54.-TARRAGONA

RELOJERIA DE BESSES



SUCESOR DE D. JOSÉ BESSES Y PRATS

Calle Conde de Rius, 20

TARRAGONA

Se componen toda clase de relojes, con perfección, prontitud y economía.

Precios sin competencia

Colonia Escolar y Escuela Práctica de Comercio

COLEGIO MODELO

en San Feliu de Llobregat (Barcelona) situado en una vasta extensión agrícola

Además de la primera enseñanza pura y sin libros de texto es notorio que se enseña el Francés, Inglés, Italiano, Alemán, Portugués y Latín.

La Teneduría, Banca y Cálculos Mercantiles y demás asignaturas de la carrera de Perit. M. recientil es un bajo programa oficial.

Quedará abierto para el 1.º del próximo Junio un curso de preparación para el ingreso a la Escuela Superior de Comercio. No se admiten externos.

Única pensión 40 pesetas al mes. Para informes y detalles la Dirección.